

tarde sus hermosos caballos, buenos y sanos; pero al día siguiente fueron hallados todos muertos. No queriendo reconocer en este hecho la intervención divina, mandó que aquella misma tarde alojasen los restantes, los cuales murieron también de repente. Consternado el hijo del Gobernador de Jerusalén, consultó el caso con los sabios musulmanes, los cuales le dijeron que no extrañase lo acaecido, porque en aquel lugar había sido azotado Jesús, y Dios no podía consentir que fuese profanado. Es de advertir que los musulmanes, más racionales que nuestros racionalistas europeos, veneran á Jesucristo Nuestro Señor como á gran profeta. La razón de los sabios del Islam convenció al príncipe, quien abandonó su proyecto, aunque sin restituir á los Franciscanos su iglesia profanada. Abandonada por completo y no pudiendo resistir por más tiempo el peso abrumador de los siglos, se desplomó al fin, quedando sepultada bajo sus propias ruinas. Los frailes Menores habían perdido la esperanza de levantarla de nuevo; pero una disposición extraordinaria de la Providencia les proporcionó tan grande dicha.

Ibrahim-Bajá va á Belén, en 1836, y reclama hospitalidad á los Franciscanos; servida la comida, pregunta el Padre Superior á su Excelencia si quiere vino. «Con mucho gusto, respondió Ibrahim, pero me lo debéis servir en una ánfora para que mi gente no se aperciba de ello». El Bajá usó tantísimo del licor prohibido por el Profeta, que se embriagó, quedando después profundamente dormido. Al despertar, pidió todo confuso al Superior perdón del escándalo que le había dado, y para reparar su falta, le promete concederle todo cuanto le pida. Viendo el Padre Guardián la generosidad de su huésped, pidió y obtuvo que se le restituyese el santuario de la Flagelación.

La largueza de Maximiliano, duque de Baviera, acabó lo que un buen movimiento había arrancado á un príncipe musulmán, construyendo la pequeña, pero bonita iglesia actual y el convento inmediato donde residen cuatro ó cinco frailes.

Se entra á la iglesia por una puerta cubierta de hierro, tan estrecha y baja, que es necesario pasar casi á gatas. Delante y detrás de ella hay un patio. El primero sirve de atrio, y está rodeado de paredes, sobre las que se leen algunas sentencias apropiadas para recordar al peregrino la santidad del suelo que pisa. Dicen así: *Introibimus in tabernaculum ejus: adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus* (Salmo 131, vers. 7). *Ego in flagella paratus sum* (Salmo 37, vers. 18). *Apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit* (San Juan, capít. 19, vers. 1).

El segundo patio tiene dos compartimientos: el de la izquierda da acceso á la iglesia, y el de la derecha está convertido en jardín, en

medio del cual hay un pozo profundo en el que nunca falta agua, lo cual permite cultivar las flores que sirven para adornar el santuario. Entre la sacristía y dicho jardinillo se halla la escalera que conduce al conventito, el cual sirve de sucursal á *Casa-Nova* en los días de grandes peregrinaciones.

El templo, en donde una luz discreta, tamizada por grandes cortinas rojas, viene á aumentar el recogimiento, y el misterio no consta más que de una nave adornada de cinco altares. Detrás hay el coro para los religiosos. Debajo de la mesa del altar mayor, rodeado de numerosas lámparas que arden de día y de noche, hay una cruz roja sobre mármol blanco, que besan y adoran los peregrinos, y marca el sitio mismo ocupado por Nuestro Señor Jesucristo mientras era inhumanamente azotado. Un trozo de columna hallado bajo las ruinas del antiguo templo, y dejado adrede por los primitivos cristianos, lo hizo reconocer, pues éstos, cuando se veían obligados á abandonar un santuario tenían la laudable precaución de marcarlo con un signo cualquiera, á fin de que sus descendientes, y ellos mismos, pudiesen en tiempos mejores renovar el hilo de la tradición.

Sobre el altar mayor hay un grupo esculpido representando la Flagelación. En él se celebra siempre la Misa de la Sangre Preciosísima de Cristo, con ornamentos encarnados, y puede ganarse indulgencia plenaria.

Los cuadros que adornan los altares laterales son como otras tantas páginas copiadas del drama sangriento de la Pasión.

La columna de la Flagelación fué transportada por los primitivos cristianos del lugar en que Nuestro Señor fué azotado á la iglesia del Cenáculo. En otro tiempo sostenía el pórtico de este templo, y allí fué donde la veneró San Pablo. Muchos que han escrito sobre Jerusalén declaran haberla visto en el Cenáculo. Desde el siglo XIII que está en poder de los frailes Menores, quienes la recibieron de los canónigos de San Agustín. En los últimos años que habitaron los Franciscanos el Santo Cenáculo, rompiéronla los musulmanes, pero esos buenos Religiosos recogieron respetuosamente los pedazos y colocaron el mayor de todos en uno de los altares de la capilla edificada en la Basílica del Santo Sepulcro, sobre el lugar mismo en que, según tradición, Nuestro Señor se apareció á su Santísima Madre.

Este altar fué el dedicado en 1533 por Bonifacio de Ragusa, custodio de los Santos Lugares, quien lo hizo resguardar con dos fuertes rejas de hierro, para sustraerla de este modo de las profanaciones de los infieles y también de la piedad indiscreta de los fieles. Envió después

un fragmento al Papa Paulo IV, otro al rey Felipe II, y un tercero á la República de Venecia, en donde todavía se venera hoy en la iglesia de San Marcos.

Esta columna es de pórfido y tiene como unos setenta y cinco centímetros de altura. El Miércoles Santo se abren las verjas y se permite al pueblo venerarla más de cerca y aun besarla.

Es por demás hacer observar que no debe confundirse la columna de la Flagelación con la que se encuentra en Santa Práxedes de Roma. Según Bozio, Lauresmio y una tradición oriental, esta última sería aquella á que Nuestro Señor fué atado en la casa de Caifás la noche del jueves al viernes de su Pasión. Fué trasladada del monte Sión á Roma por el Cardinal Colonna en 1223.

Escenas repugnantes se juntaron al espantoso suplicio de la Flagelación. Ordinariamente procedía este suplicio al cumplimiento de la sentencia de muerte: despojábase al paciente, golpeándole cuatro soldados, sin contar los golpes, hasta que dejaban al descubierto las venas y los tendones, y aquel suplicio era tan cruel que, como dejamos apuntado, con frecuencia sucumbían los pacientes.

Después que Jesús lo hubo sufrido, los soldados romanos, ó por sí mismos, ó por instigación de los judíos, quisieron divertirse con él, como ya lo habían hecho en casa de Caifás y de Herodes. Cubriéronle con un manto haraposo de grana, claváronle en la cabeza una corona de espinas, colocaron en sus manos maniatadas una caña á guisa de cetro, y desfilaban por delante de él, y doblando la rodilla le decían: «Dios te salve, Rey de los judíos». En seguida, como para vengarse de aquellos sarcásticos homenajes, le escupían y le abofeteaban, profecía siniestra de la rabia de los renegados. La sed de ahogar al Hijo de Dios en el oprobio, es el carácter más señalado y á la vez más profético de la Pasión. Jesús lo sufría todo sin quejarse, sin volver la cabeza, mudo como el cordero á quien se degüella, tal como sus Profetas le habían representado.

Pilatos no hacía caso. Tenía su plan y confiaba en su habilidad. Confiaba que con tales escenas lograría enternecer al pueblo, hacer llorar á las mujeres, desarmar á los más violentos y desentenderse así de aquel asunto sin estrellarse con el pueblo ni con el César.

Es obvio que pueden hacerse conjeturas acerca de la materia empleada para la corona de espinas. Escribe Chateaubriand: «La tradición de los cristianos de Jerusalén es que la corona se formó con ramas del arbusto espinoso *licium spinosum*, en tanto que el erudito botánico Hasselquis cree que se empleó el *nabka* de los árabes».

«En mis excursiones al rededor de la Ciudad Santa, dice el abate Mislin, repetidas veces he pensado en cuál pudo ser el arbusto de cuyas ramas formaron los pretorianos la corona. En la actualidad no hay árboles ni arbustos en las inmediaciones de Jerusalén, á no ser olivos y algunas higueras; y en cuanto al casco de la Ciudad, sólo se ven palmeras, granados, cipreses y nopales. El único arbusto de espino cerval, que muy á menudo se halla en los setos de otros puntos de Palestina, particularmente en Jericó, en el lecho de los torrentes (*paliurus spinæ Christi*); de tan flexibles y espinosas ramas, que muchas veces me han desgarrado manos y vestidos».

Una de las hermosas industrias de las Hijas de Sión, es tejer coronas de este arbusto.

«San Luís, rey de Francia, léese en la Cronología sagrada de Genebrard, rescató de los griegos la corona de espinas y mandó trasladarla á París, saliendo en persona á recibirla descalzo y llorando entre un numeroso gentío que estaba de rodillas». Aquel santo rey distribuyó reliquias de la corona á algunas iglesias de su particular devoción, y tocante á la misma corona, después de conservarse mucho tiempo en la Santa Capilla, fué restituida al templo de Nuestra Señora de la capital de Francia.

Cuando Pilatos juzgó que ya había hecho lo bastante, y que los judíos debían estar satisfechos, salió del Pretorio; sube al *Lithóstratos*, trayendo consigo á Jesús ensangrentado, desgarrado, con las manos atadas, sosteniendo la caña y las espaldas cubiertas con la púrpura irrisoria; y allí, desde una galería, que actualmente tiene el nombre de *Arco del Ecce-Homo*, le presenta á la impaciente vista de la multitud. «ECCE-HOMO», dice en alta voz: ¡he aquí el hombre! Como si hubiera dicho: «Os le entrego. Ha sido castigado. Se acabó».

El pueblo se calló, mas los sacerdotes y sus satélites voceaban: «¡Crucifícale! ¡crucifícale!» ¡*He aquí el hombre!* repiten los tigres, sedientos de sangre. Pues bien «¡crucifícale! ¡crucifícale», y los gritos de muerte resuenan por todas partes. Pilatos, irritado, repuso: «Tomadle, allá vosotros, y crucifícale; porque no encuentro causa en él». Los judíos respondieron: «Tenemos ley; y según esta ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios».

El arco de Pilatos, ó sea del *Ecce-Homo*, ha sido objeto de prolongadas discusiones de parte de los eruditos, especialmente desde que, caído el revoque árabe que lo desfiguraba por completo, se presentó á la vista con su verdadero carácter, que es el de un arco romano de la época del imperio. Constaba de un arco central y dos laterales, y algu-

nos ven en él el antiguo arco triunfal erigido por Tito ó más bien por Adriano. Otros autores lo consideran un monumento cristiano levantado por Santa Elena en memoria de aquella escena de la Pasión del Salvador. No falta quien lo tiene por antigua puerta herodiana; pero es indudable que en aquel sitio ó cerca de él hubo de suceder lo que el Evangelista refiere en cuanto en las antiguas excavaciones practicadas por el Padre Ratisbona en la calle por el arco atravesada, se han encontrado á metro y medio de profundidad, extendiéndose en distintas direcciones, las pulidas baldosas que formaban el suelo del *Lithóstrotos*. M. Guerin admite como exacta la tradición que hace del arco del *Ecce-Homo*, uno de los testigos contemporáneos de la Pasión de Jesucristo. « Mi opinión es, dice, que esta puerta con sus tres huecos servía por el lado del Oeste de entrada monumental al patio del palacio donde moraban los procuradores, y por lo mismo que ante ella pasaron las inicuas escenas de la condenación del Justo..... Si los arqueólogos hallan en sus molduras algo que consideran posterior á la época de Herodés, les diré que esta puerta del Pretorio pudo muy bien ser destruída en parte en la época del sitio de Tito y de la toma de la torre Antonia y reconstruída después por Adriano al fundar la *Ælina Capitolina*, siendo entonces transformada en un verdadero arco de triunfo. Y si hay empeño en considerarla de época todavía más baja, por ejemplo, de la de Constantino, pues posterior no puede ser, no se opone esto en nada á la tradición y deja al sagrado monumento toda la majestad de sus recuerdos, ya que si fué reparado, ó si se quiere reconstruído por Santa Elena, sería porque á sus ruinas iba unida alguna circunstancia memorable de la Pasión de Cristo. De ahí el nombre de *Puerta dolorosa* que lleva aún en la Edad Media, porque por ella, como dice un autor anónimo de aquel tiempo, salió Nuestro Señor del Pretorio para marchar al Calvario. Tenemos, pues, que aun considerando como una tradición relativamente moderna la creencia de que el Mesías fuese mostrado al pueblo por Pilatos desde lo alto de este arco y se pronunciasen en él las famosas palabras: ECCE-HOMO, creencia que, sin embargo, yo no impugno, pues si bien no se halla apoyada en remotos é irrecusables testimonios, tampoco existe ninguno que la convenza de errónea; aun considerando, repito, como moderna tal creencia, siempre quedará probado, por el resultado de las excavaciones practicadas, que allí mismo se extendía el *Lithóstrotos*, y por lo mismo que por el hueco central del arco, ya fuese éste obra de Herodes, ya fuese restaurado por Adriano ó Constantino, pasó, diez y nueve siglos cumplirán en breve, el Hombre Dios con la frente chorreando sangre, desgarrado el cuerpo, amoratado el rostro.



A. Serñá, dib.

JERUSALÉN. — ARCO DEL «ECCE HOMO».

V. Labiella, S. S.

Salvador Ribas, Editor.

¿Qué más se necesita para imprimir al Ecce-Homo un carácter para siempre sagrado?

El arco del *Ecce-Homo* se compone de tres arcos, el central, que es el que hay sobre la calle, y pasa por el verdadero, y los laterales, de los cuales el del Sud ha desaparecido completamente, y el del Norte y el del Oeste. Sobre el arco mayor de la iglesia contigua y del convento perteneciente a las monjas de Sion, iglesia y convento fundados por el Rdo. Padre María de los Angeles. Sobre el arco de la calle se ve una pequeña escultura de un hombre con dos vestimentas, que miran, la una al Este y la otra al Oeste, y debajo de la arquitrave del arco se encuentran dos antiguas piedras cuadrangulares, sobre una de las cuales estaba, según la tradición, Pilatos, y en la otra el Señor Jesucristo sobre la cruz.

Vencidos en el terreno político, un hombre que pudo haberse convertido a Pilatos de que Jesús era un agitador político, un rebelde, un sedicioso, como habían ellos afirmado, se hace preciso que los principes de los sacerdotes vuelvan al verdadero terreno, a saber: la pretensión emitida históricamente por Jesús, de ser el Hijo de Dios, es decir: así el crimen de Jesús que Pilatos no quería admitir, los judíos instituiron el crimen

de blasfemia. Pero, ¿cómo se explica que un hombre que había sido un rebelde y un sedicioso, se convirtiera en un filósofo y un sabio? La frase *Hijo de Dios* lo obliga a prestar atención y le parece que es digna de un segundo inquisidor, no del filósofo, del curioso, del filósofo, del curioso. Además: Jesús le había inspirado respeto, y Pilatos pensaba en si aquel hombre de quien se contaban tantas maravillas, y que él mismo había visto en el Pretorio, hace entrar a Jesús, y le dice: ¿De dónde eres? Sabía perfectamente que era de Galilea; así pues su pregunta tenía una significación muy diferente. ¿De dónde eres tú? ¿Del cielo o de la tierra? ¿Eres verdaderamente el Hijo de Dios? Mas Jesús ya le había respondido.

Por una parte, Pilatos no era competente para poderle juzgar. Y por otra, ¿no sabía lo bastante acerca de su tribunal para juzgar?

Recordado y ofendido con su silencio, repuso Pilatos: ¿Qué me importa?

¿Ignoras que está en mi poder crucificar o libertar?